

Proyecto de investigación Consciencia y Sociedad Distópica

Comunidad en Telegram. 06 de marzo de 2025

Enlace de suscripción al canal en Telegram: <https://t.me/socdistopica>

LOS ENTRESIJOS DE UNA MÁQUINA DE CASTIGAR: FMI, LAS TRES LETRAS MÁS ODIADAS DEL MUNDO

El sistema de gobernanza global que hoy se expande por encima de países y gobiernos en numerosos ámbitos (tecnología, salud, sociedad...) empezó históricamente a configurarse en la esfera de la economía por medio de instituciones internacionales como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional.

A este dedicó Renaud Lambert un interesante artículo, publicado en Le Monde diplomatique, que evidencia los entresijos de su funcionamiento a escala mundial como una auténtica "máquina de castigar".

En el presente texto se recoge su contenido con el mismo título con el que fue inicialmente editado.

Se abre la puerta del ascensor. Salen dos mujeres jóvenes, que prosiguen su conversación en un idioma de Europa del Este. Sus distintivos indican que son búlgaras y economistas. La responsable de comunicación que nos acompaña, de origen palestino, nos presenta al historiador de la -organización que nos recibe, un economista indio, y después nos conduce al despacho del jefe del Departamento de Estrategia: un economista con pasaporte turco. Durante nuestra visita, conocimos a un holandés, economista, a un francés, también economista, y a un japonés que nos pidió que le sacáramos una foto delante del logotipo de la organización. Ejercía la misma profesión que las anteriores personas (1).

Para llegar a este pequeño paraíso para economistas internacionales, en el corazón de Washington, la capital estadounidense, habíamos caminado siguiendo con la mirada un enorme helicóptero. La mayoría de los transeúntes, acostumbrados sin lugar a dudas a este tipo de revoloteos, no parecían ni percatarse del zumbido de la aeronave que, tras bordear el césped del Lincoln Memorial, aterrizó en el de la Casa Blanca. Nos quedaba cerca de un kilómetro por recorrer. Suficiente distancia para pasar revista al Departamento del Tesoro, a la Organización de Estados Americanos, a la Reserva Federal, al Departamento de Estado, al Banco Mundial y al Museo de las Víctimas del Comunismo.

Majestuosamente instalado en el centro de esta concentración de poder estaba nuestro destino: un edificio compacto de líneas que recuerdan al

movimiento arquitectónico brutalista, pero sin la inspiración. Acabábamos de llegar a la sede del Fondo Monetario Internacional (FMI).

Creado al mismo tiempo que el Banco Mundial, tras la Segunda Guerra Mundial, con el fin de evitar que desequilibrios económicos internacionales desencadenasen nuevos conflictos, al FMI se le asignó una doble misión: coordinar las políticas monetarias en el contexto de la reconstrucción y prestar ayuda a las capitales repentinamente necesitadas de divisas mediante un fondo común al que contribuían todos los miembros.

Sin embargo, con el paso de los años, la institución fue evolucionando hasta erigirse como baluarte de la ortodoxia neoliberal. Las reformas exigidas a cambio de su solícita atención -privatización, desregulación, austeridad, etc.- determinaron en gran medida las condiciones de vida de las poblaciones concernidas: ¿podrían recibir atención sanitaria, ir a la escuela, comer...?

Acabábamos pues de franquear las puertas de una de las instituciones más controvertidas del mundo.

Este es probablemente el motivo del recibimiento tan especial que el FMI da a los periodistas. En esta institución se hace hincapié en el afán de "transparencia" y "apertura", pero se advierte de entrada que cuanto se diga será "extraoficial" y que las citas utilizadas tendrán que ser validadas, o incluso reescritas. Las reuniones tienen lugar en presencia de un responsable de comunicación, que graba los diálogos. Lo cual plantea una pregunta, sobre todo cuando la mirada de uno de nuestros interlocutores parece volver una y otra vez a la pantalla de la grabadora ostensiblemente colocada sobre la mesa: ¿el aparato está destinado a los ojos del periodista o a los del empleado?

Nuestra investigación sugerirá, sin embargo, que lo que caracteriza a la noble institución no es el espíritu de rebeldía. "Los proyectos de carrera pesan en el FMI", ironiza la investigadora Lara Merling, del Global Development Policy Center, un grupo de reflexión progresista de la Universidad de Boston. "Y uno no asciende en la jerarquía desviándose de la línea oficial". A tenor de nuestras conversaciones, se perfilan jugosas perspectivas para la mayoría.

El FMI cuida a sus 2400 empleados. El sueldo de los economistas fluctúa entre 100.000 y 200.000 dólares [entre 96.000 y 195.000 euros] al año. Los jefes de departamento cobran entre 320.000 y 400.000 dólares. El salario más bajo, el de un auxiliar de secretaría, se establece entre 42.000 y 63.000 dólares. Las ventajas en términos de cobertura social, jubilación, teletrabajo, permisos sabáticos, atención familiar o salas de meditación son un generoso complemento a salarios que suelen ser netos, ya que solo los empleados estadounidenses pagan el impuesto sobre la renta.

Procedente de unos 160 de los 190 países miembros de la organización, este mundillo –formado en las mejores instituciones académicas (la Escuela Politécnica o la Escuela Nacional de Administración, por ejemplo, para el contingente francés)– habla el mismo idioma. Este naturalmente es algo parecido al inglés, la jergonza de los mercados.

Pero un inglés singular, que construye sus frases de la misma manera que la economía neoclásica imagina la sociedad: allí se habla por tanto de "partes interesadas", "mejores prácticas" y "externalidades". También se trata de un idioma repleto de neologismos "caseros", generalmente abreviados como acrónimos cuyo dominio es uno de los muchos muros invisibles que se interponen

entre la ciudadela del FMI y el resto del mundo. El visitante puede esperar tener que descifrar frases como: "La MD ha hablado de la IV sobre los CFM/MPM con las CSO" ("La directora gerente ha hablado de la nueva posición de la institución sobre controles de capital y medidas macroprudenciales con las organizaciones no gubernamentales"). Google Translate de poco le servirá...

En 2007, el investigador estadounidense James Raymond Vreeland -comenzaba su libro sobre la más -poderosa de las instituciones financieras internacionales con esta observación: "Al FMI lo conocen bien en el Tercer Mundo. [...] Pero sigue siendo mucho menos familiar para los ciudadanos del mundo desarrollado" (2).

El FMI atravesaba entonces una crisis existencial. La amarga pócima que administraba acabó por hacer que la mayoría de los países le dieran la espalda. Aquel año, en las presidenciales de Argentina, un anuncio de campaña de la candidata peronista Cristina Fernández de Kirchner prometía lograr "que tus hijos y los hijos de tus hijos no tengan idea de lo que significa el FMI".

En estas condiciones, los préstamos del FMI a los países en dificultades, su principal razón de ser, cayeron de 110.000 millones de dólares a menos de 18.000 entre 2003 y 2007. La institución "es una sombra de lo que fue", se alegraba el economista Mark Weisbrot, que llevaba tiempo denunciando su papel en el aumento de la desigualdad (3).

Recién nombrado director gerente, el 28 de septiembre de 2007, el socialista francés Domi-nique Strauss-Kahn recibió la misión de recortar la plantilla... unos meses antes de que estallara la "gran crisis financiera" de 2007-2008. "Fue un episodio ridículo -nos confía un empleado bajo condición de anonimato (requisito que se repetirá durante nuestra investigación)-. Se ofrecieron compensaciones colosales para incitar a la gente a marcharse. ¡A veces a las mismas personas a las que hubo que traer de vuelta casi enseguida!". Al llegar a Europa, la tormenta que se había levantado en Wall Street debilitó a España, Irlanda, Italia, Portugal y, por supuesto, a Grecia.

El FMI no solo volvía a estar en el candelero, sino que lo hacía en países avanzados en los que, conforme se iba agudizando la crisis, su nombre se hizo tan "familiar" como en el Sur.

De modo que, quince años después del comentario de Vreeland, las tres letras traen a la mente la misma imagen en todo el mundo: la del equivalente financiero del hombre del saco. Las capitales del Viejo Continente conocen ahora los grafitis observados desde tiempo atrás en los países del Tercer Mundo. Como el que se vio en Lisboa en 2011, con ocasión de la llegada del FMI a Portugal, y que reformulaba así sus siglas: "Fome, Miséria, Injustiças" ('hambre, miseria, injusticias').

"La gente tiene una mala imagen de nosotros, a menudo muy injusta", alegan durante nuestras conversaciones, incluso informales, dentro de la institución. Aquí prefieren recordar los grandes principios propuestos en la conferencia de Bretton Woods de 1944, que dio origen al FMI: coordinación, mutualización y reciprocidad.

Transcurridos casi ochenta años, la misma brújula, dicen, guía su acción. Esta tiene una doble vertiente: vigilar y asistir.

“LO NUESTRO NO ES HACER OBRAS DE CARIDAD”

“El artículo IV del Convenio Constitutivo establece que una vez al año todos los países miembros acogen una misión del FMI para analizar su situación económica en el marco de nuestra misión de supervisión —explica Christoph Rosenberg, economista nacido en Alemania y actual director adjunto del Departamento de Comunicación—. En la mayoría de los casos, a nuestros equipos los recibe directamente el ministro de Finanzas, e igualmente el gobernador del banco central”. El documento publicado al final de estos intercambios presenta un análisis de la situación del país, así como las recomendaciones del FMI. Las que conciernen a Francia, publicadas el 26 de enero de 2022 en conclusión de un documento de 83 páginas, piden a París que aplique la reforma de las pensiones prevista por el presidente Emmanuel Macron (si bien señalan la “oposición popular” a la que se enfrenta el proyecto), que proceda a una consolidación fiscal plurianual (entiéndase, una reducción del gasto público) y que liberalice los “servicios no comerciales” (incluidos los públicos).

“Algunos países están bajo una vigilancia intensiva, cuando nuestros equipos ven avecinarse problemas. Para los demás, se trata más bien de una formalidad”, continúa Rosenberg. En 2007, Grecia entraba en esta segunda categoría. La tónica del informe del FMI era la serenidad: “El sector bancario parece sano, con una alta tasa de rentabilidad, así como sólidas posiciones en términos de capitales y liquidez”; “Auguramos un crecimiento sobradamente por encima de la media de la zona euro”; “Grecia ha sorprendido sistemáticamente de forma positiva en los últimos años”. Dos años después, la crisis del euro puso de manifiesto la fragilidad de las estructuras económicas del país.

El primer tipo de asistencia que el FMI proporciona a sus miembros es de carácter técnico. A menudo ejemplifica los efectos retardados de la -colonización: una vez alcanzada la independencia, los países son soberanos, pero sin un Estado digno de ese nombre. “En el marco de mis misiones de asistencia en África, me ha tocado en ocasiones dar clases de inglés a altos funcionarios —explica un empleado—. A veces llegas a determinados países y descubres que la contabilidad nacional la hacen con Excel. Otros ni siquiera tienen ordenadores. Acabamos escribiendo sus informes anuales en su lugar”, concluye con una sonrisa -incómoda. El joven y brillante economista es sin duda consciente de que, a este nivel, echar una mano se parece mucho a tutelar.

Pero la principal ayuda que el FMI ofrece a sus miembros tiene la forma contante y sonante de un préstamo. “Cualquier miembro que tenga un problema de balanza de pagos puede pedir nuestra ayuda financiera”, explica Rosenberg. Este tipo de dificultad significa que el país ya no dispone de divisas fuertes necesarias para pagar sus deudas o importar los alimentos que necesita su población, como a fecha de hoy es el caso de Sri Lanka (véase el artículo “Los esrilanqueses desafían al poder”). “Todo comienza con una simple y sencilla llamada telefónica de las autoridades locales al representante del FMI en el país: ‘Tenemos que hablar’”, relata Rosenberg, siempre con una sonrisa en los labios. A continuación, se inicia un diálogo preliminar en el que el FMI expone a grandes rasgos las condiciones en las que podría considerar su intervención: “Porque el FMI solo presta sobre la base de un programa de ajuste que permita solucionar los problemas que causaron la crisis”. Y con el fin de garantizar que la determinación del país con problemas para emprender reformas no decaiga con

el tiempo, los desembolsos del FMI se realizan en tramos. Y cesan en caso de no cumplirse los compromisos. "Lo nuestro no es hacer obras de caridad", -resumió Dominique Strauss-Kahn cuando dirigía la institución (4).

CIRUGÍA DE GUERRA SIN DEMASIADA POSIBILIDAD DE ANESTESIA

La "condicionalidad" de los préstamos se ha convertido en una de las principales características del FMI, algo que no se contemplaba en el funcionamiento inicial. En 1954, el primer acuerdo firmado por Perú cabía en dos páginas; el que firmó Atenas en 2010 tenía sesenta y tres. La institución extiende ahora sus exigencias al número de funcionarios, a la reforma de las empresas públicas, al sistema de seguridad social, a las privatizaciones, etc. ¿De qué tipo son las pociones impuestas? "Medidas extremadamente severas, sin mucha posibilidad de anestesia; en definitiva, cirugía de guerra" (5), observó Michel Camdessus, director de la institución de 1987 a 2000. Porque, a los ojos del FMI, la "enfermedad" financiera solo ataca a sujetos ya -enfermos, a los que se necesita operar.

Tras una visita de un par de semanas, en la que se reúne con el gobernador del banco central, con representantes del Ministerio de Economía e igualmente con la agencia nacional de estadística para pulir su conocimiento de la situación, el equipo redacta una "carta de intenciones" junto con las autoridades locales, que estas envían al FMI. "Es una especie de contrato", resultado de un proceso de "coescritura", explica Rosenberg.

Una foto ya famosa sugiere un proceso de redacción sustancialmente distinto. Fue tomada el 15 de enero de 1998. Muestra a Camdessus, enfundado en un traje oscuro y cruzado de brazos, supervisando con severidad la firma de dicha carta de intenciones por parte del presidente indonesio, Mohamed Suharto, sentado pluma en mano. "Este, impotente, se ve obligado a entregar la soberanía económica de su país al FMI a cambio de la ayuda que necesita", relata Joseph Stiglitz, ex economista jefe del Banco Mundial (1997-2000) y galardonado con el Premio del Banco de Suecia para Ciencias Económicas 2001 en memoria de Alfred Nobel (6). Todo indica que, como suele ocurrir, las autoridades indonesias no habían escrito ni una sola palabra de la carta que firmaban.

Aunque el documento es "una especie de contrato", no se trata de un acuerdo internacional. En muchos países, este tipo de documento está sujeto a ratificación parlamentaria y, por tanto, a debate, un condicionante que el FMI prefiere evitar. Por ello, una decisión del Directorio Ejecutivo del 2 de marzo de 1979 especificó que sus textos "deben evitar cualquier lenguaje con connotaciones contractuales".

Algunas autoridades nacionales se comprometen por tanto "por voluntad propia" a aplicar las reformas más difíciles incluso antes de recibir un solo dólar. "Se trata de que consigamos una señal de buena voluntad, de asegurarnos de que los líderes van en serio", comenta Rosenberg. Es raro que los gobiernos se resistan. "Generalmente, los países que llaman a la puerta de la institución andan tan necesitados de dinero que están dispuestos a aceptar cualquier cosa". Pero también se da el caso de que las autoridades aprovechan el secreto de sus negociaciones con el FMI para pedirle que "consigan de ellas" las medidas que

no se atreven a respaldar. “Esto ocurre tan a menudo que algunos de mis colegas bromean diciendo que nos pagan por hacer el papel de lobo feroz”, ironiza uno de nuestros interlocutores.

La “carta de intenciones” puede llegar por fin al Directorio Ejecutivo. Aquí no rige la regla de “un país/un voto” que prevalece en la Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas (ONU). Los derechos de voto se distribuyen en función de las cantidades aportadas al FMI desde su creación. En consecuencia, Estados Unidos tiene derecho de veto: su cuota siempre ha superado el nivel establecido para la minoría de bloqueo a las decisiones importantes, el 15%. Una peculiaridad heredada de otra época es que siete países cuentan con un portavoz específico: Alemania (desde 1960), Arabia Saudí (desde 1978), China (desde 1980), Estados Unidos, Francia, Japón (desde 1970) y el Reino Unido. Los diecisiete escaños restantes están ocupados por directores ejecutivos con misión de representar a varios Estados agrupados en coaliciones fluctuantes y sin que se requiera alguna coherencia geográfica. En 2022, la directora ejecutiva irlandesa actúa en representación de la Isla Esmeralda, Antigua y Barbuda, Bahamas, Barbados, Belice, Dominica, Granada, Jamaica, San Cristóbal y Nieves, Santa Lucía, San Vicente y las Granadinas y... Canadá.

UN GESTO MUY POLÍTICO CON UCRANIA

Las decisiones del Directorio Ejecutivo evitan que se llegue a votación mientras no esté garantizada la unanimidad. “La explicación que se me ocurre es la calidad del trabajo previo de los servicios, el diálogo permanente entre el Directorio y el director -gerente –analiza Camdessus–. En definitiva, el hecho de que los directivos que participan a diario en la vida de la institución acaben compartiendo una especie de sabiduría común y una amplia comunidad de opiniones, con independencia de su país de origen” (7). El investigador Jonathan Vreeland ofrece otra lectura de esta “tradición”: “Al no poder expresarse a través de los votos, cualquier oposición a Estados Unidos debe, por tanto, formularse oralmente. Y este es un tipo de iniciativa que la capacidad de retorsión de Washington [...] tiende a desalentar” (8).

En esta fase del proceso, el programa ha sido objeto de numerosos intercambios entre la dirección gerente del FMI y los distintos directores ejecutivos. Marginalmente se han introducido algunos correctivos para acercarse al tan ansiado consenso. Dos horas después de la luz verde del Directorio, el primer “tramo” de efectivo queda transferido a la cuenta del país receptor.

Pese a un entorno tan acotado, a veces ocurre la tragedia. ¿Un desacuerdo en el Directorio Ejecutivo? ¿Pactos discretos que se tuercen? Entonces sí puede darse el desastre, y todos nuestros entrevistados lo relatan frunciendo el ceño y con rostro sombrío. En el momento de la votación final, un director ejecutivo decide utilizar el equivalente al arma nuclear en el Directorio Ejecutivo para mostrar su disconformidad: bajo la mirada reprobatoria de sus veintitrés colegas, se... abstiene. ¿Una minucia? No del todo, porque, aunque el principio de unanimidad queda a salvo, sí queda en entredicho el mito de una “comunidad internacional” unida por las exigencias del conocimiento experto y la voluntad de cooperar. El disgusto es aún mayor cuando las discrepancias se acumulan.

“El FMI es una institución eminentemente técnica. Sus préstamos siguen procedimientos codificados, que descartan a priori la arbitrariedad. Pero cuando quedan patentes las prioridades políticas de uno de los países poderosos, la institución pisotea sus propias reglas”, lamenta Paulo Nogueira Batista Jr., director ejecutivo entre 2007 y 2015 del grupo de países liderado por Brasil (República Dominicana, Ecuador, Guyana, Haití, Panamá, Surinam y Trinidad y Tobago; y más tarde, Cabo Verde, Nicaragua y Timor Oriental). En al menos dos ocasiones se abstuvo en votaciones del Directorio Ejecutivo del FMI: una concernía a Grecia y la otra a Ucrania.

En 2008 y de nuevo en 2010, Kiev pidió “ayuda” al FMI. Este exigió una dosis de austeridad tan severa que el presidente Víktor Yanukóvich (2010-2014), cercano a Moscú, suspendió su aplicación en 2013. La institución interrumpió sus pagos. En una batalla cuya naturaleza geopolítica se hizo evidente, Moscú intervino el 20 de diciembre de 2013 mediante un préstamo de 3.000 millones de dólares. Tras los sucesos de Maidán en 2014, Yanukóvich fue derrocado y sustituido por Petro Poroshenko, un líder prooccidental. El FMI se mostró de repente comprensivo y aprobó un préstamo de 18.000 millones de dólares a Kiev.

Un importe de este calibre –solo disponible a través de un mecanismo excepcional– normalmente requiere el cumplimiento de varias condiciones: no estar en guerra, cuando el conflicto armado ya estaba desgarrando la parte oriental del país; mostrar su determinación de aplicar las reformas exigidas por el FMI, cuando “todos sabían desde la década de 1990 que las autoridades de Kiev eran incapaces de confirmar por la tarde los juramentos pronunciados por la mañana”, ironiza Nogueira Batista Jr.; y demostrar capacidad para reembolsar. Sobre este último punto, los departamentos técnicos del FMI habían expresado dudas fundadas. En 2015, el FMI concedió finalmente una reducción del 20% de la deuda privada de Kiev y aceptó reprogramar sus reembolsos. Un gesto que un editorial de Le Monde calificó de “muy político” (9).

Durante aquel periodo, otro episodio llevó al FMI a hacer alarde de la flexibilidad de la que es capaz. El 20 de diciembre de 2015, Kiev tuvo que devolver las sumas adeudadas a Moscú, so pena de ser declarada “en mora con un acreedor soberano”. Las normas del FMI prevén que una situación de ese tipo prohíbe continuar los pagos. El 8 de diciembre, unos días antes de la fecha fatídica, su portavoz Gerry Rice dio una rueda de prensa: “El Directorio Ejecutivo se ha reunido hoy y ha decidido cambiar su política de no tolerar el atraso en los pagos a acreedores soberanos”. El 21 de diciembre, Kiev incumplió su deuda con Moscú, pero el FMI pudo seguir ayudándole.

METER EN CINTURA A LA GRECIA DE ALEXIS TSIPRAS

Cuando Grecia acudió al FMI en 2010, su deuda no era más “sostenible” que la de Ucrania. “Normalmente, el FMI no debería haber aceptado intervenir sin una reestructuración de esta carga –relata Nogueira Batista Jr.–. Pero los europeos, encabezados por los alemanes y los franceses, insistían en proteger a sus bancos, acreedores de Grecia. Retrasaron la reflexión sobre la reestructuración el tiempo que hizo falta para que reembolsaran sus bancos, ¡hasta el último euro!”. En aquella ocasión, el FMI optó por dejar que las cosas siguieran su curso. Cuando en 2015 el país eligió a un candidato hostil a las políticas de austeridad, Alexis

Tsipras, "la situación se volvió política –prosigue nuestro interlocutor–. Yo fui uno de quienes en el FMI preguntó: '¿No deberíamos escuchar que los griegos acaban de votar en contra de nuestro programa?' Me contestaron: 'Ya, pero la democracia también se expresa en Francia o Alemania, donde la gente ha elegido gobiernos serios que se niegan a pagar por los errores de los demás'".

Por un lado, pues, un país al que hay que meter en cintura, porque así lo impone el sentido de la responsabilidad. Por otro, una nación que merece generosidad, porque así lo exige el deber. "Nos decían y repetían: '¡Ucrania es una prioridad, debemos intervenir a toda costa!'", recuerda Nogueira Batista Jr. Pero Rusia también es miembro. "El FMI podría haber optado por no involucrarse en un conflicto entre dos miembros de pleno derecho", observa un funcionario de la institución. No intervenir. Esta es por cierto la actitud que el FMI ha adoptado con respecto a Venezuela, explicando que es incapaz de determinar quién ostenta ahí la autoridad legítima, si el presidente electo Nicolás Maduro o el designado por Washington, Juan Guaidó. Vista desde las oficinas del FMI, la situación venezolana pareció más clara en el momento del golpe de Estado de 2002: tan pronto como fue derrocado el Gobierno democrático de Hugo Chávez, la institución proclamó su voluntad de trabajar con los golpistas (10).

Naturalmente, nadie se plantea de buen grado prescindir de una herramienta tan poderosa. Y esta es la razón por la que tanto cuesta revisar la normativa del derecho de voto en un sentido que satisfaga fuera del "bloque occidental". La actualización más importante del equilibrio de poder en el Directorio Ejecutivo se produjo en 2010: el derecho de voto de Estados Unidos pasó del 16,7% al 16,5%, el de China del 3,8% al 6% y el de la India del 2,3% al 2,6%, siendo los países europeos los principales perdedores en el nuevo reparto. Pero el Congreso estadounidense tardó seis años en dar luz verde. "En realidad, todo cambió cuando la secretaria de Estado Hillary Clinton hizo suyo un proyecto anteriormente asumido por el secretario del Tesoro Timothy Geithner – analiza un director ejecutivo que accedió a hablar con nosotros bajo condición de anonimato–. En definitiva, cuando una cuestión considerada económica se convirtió en geopolítica". Según él, la renegociación de los derechos de voto en el FMI formaba parte de una "oferta global" de Washington a Pekín: la promesa de construir el "G2", un foro de coordinación entre los dos colosos económicos del planeta; la promoción del renminbi al rango de reserva internacional; y la reducción de las desigualdades en el FMI. "Pero se trataba de que China aceptara un estatus subordinado": un trago amargo para Pekín, tanto más difícil de aceptar tras la "guerra comercial" lanzada por el presidente Donald Trump (2017-2021). Muchos constatan que ya no se dan las condiciones para otra revisión de calado del derecho de voto.

"Nosotros, los países del Sur, entendimos que la reforma del FMI prometida por los europeos y Estados Unidos en el G20 en 2008 no se llevaría a cabo. Y sacamos las consecuencias", concluye Nogueira Batista Jr. Desde 2010, China ha intensificado las iniciativas para crear nuevos organismos monetarios, como el Banco Asiático de Inversión en Infraestructura (AIIB, por sus siglas en inglés), especialmente a nivel regional. ¿Una fuente de esperanza? "El ascenso de China no es la toma del Palacio de Invierno –bromea el director ejecutivo anónimo–. Se parece más a esas rivalidades en el seno de las grandes familias burguesas que tanto gustan de contar las series de televisión". La mayor

parte de las estructuras creadas por China están dando los primeros pasos y por el momento imitan al FMI, excepto en el ámbito de las “condicionalidades”.

EL FMI Y LAS PRIORIDADES GEOPOLÍTICAS DE OCCIDENTE

Lo insoslayable es que en 2020 la deuda mundial (pública y privada) se disparó un 28% hasta alcanzar el 256% del producto interior bruto (PIB) mundial. En este contexto, los préstamos del FMI no serán suficientes, y la idea de que la herramienta está ahora infradimensionada ronda por los pasillos de la institución. -“Durante años, las políticas de liberalización financiera que ha impuesto [el FMI] han contribuido a agravar la magnitud de las crisis”, explica un empleado de la institución financiera. El problema en el FMI es que cualquier aumento de los recursos, aportados por los Estados miembros, conlleva un cambio en la normativa de los derechos de voto (que dependen de las contribuciones de cada país): sin un acuerdo para revisarlos, no -crecerá la capacidad operativa. “Es -como si el fuego se hubiera multiplicado por diez sin que hubiera cambiado el diámetro de la manguera”.

Será por lo tanto necesario reestructurar la carga de la deuda. A primera vista, esto entra dentro de lo concebible, ya que el FMI ha hecho de ello una especialidad, aprovechando su poder de convicción con los acreedores para obligarlos a negociar. Pero lo que ocurre ahora es que la mitad de la deuda de los países pobres es con China, y nada indica que esta esté dispuesta a coordinarse con una institución que hasta ahora la ha mirado por encima del hombro. Podría decidir, por su cuenta, qué condiciones impondrá a su “ayuda” a los países en crisis... Esta perspectiva deja caras largas en Washington.

En el año 2000, Stiglitz daba un vapuleo al FMI por su responsabilidad en los estragos de la globalización neoliberal: “Si se considera que el propósito del FMI es servir a los intereses de la comunidad financiera se puede dar sentido a actuaciones que de otro modo parecerían contradictorias e intelectualmente incoherentes” (11). Veinte años después, la institución sigue teniendo al mundo de las finanzas en un altar, pero cada vez cuesta más ignorar que otra brújula también le fija el norte: las prioridades geopolíticas occidentales. Con escaso margen de maniobra.

En enero de 2021, una investigación interna amenazó a la actual directora gerente, Kristalina Georgieva: durante su estancia en el Banco Mundial, supuestamente había alterado el contenido de un informe para favorecer a China. La prensa económica se llenó de rumores que anunciaban –o exigían– su dimisión. Según Stiglitz y Weisbrot, se trataba en realidad de un “intento de golpe de Estado” dirigido por Estados Unidos. ¿La falta de Georgieva? Despedir al primer subdirector gerente estadounidense David Lipton, cuando, según The Economist, su predecesora Christine Lagarde “se conformaba con ser la cara visible del FMI mientras Lipton trataba las cuestiones” (12). Cuando el golpe fracasó, la secretaria del Tesoro estadounidense, Janet Yellen, ascendió a Lipton al rango de asesor encargado de todos los asuntos relacionados con el FMI. Según el organigrama oficial, Georgieva seguía al mando; la realidad de las -relaciones de poder certificaba su derrota. “En resumidas cuentas –concluye Weisbrot–, el FMI no es otra cosa que el Departamento del Tesoro estadounidense”.

NOTAS

- (1) El autor desea agradecer a Dominique Plihon su amable ayuda a lo largo de esta investigación.
- (2) James Raymond Vreeland, The International Monetary Fund. Politics of conditional lending, Routledge, Nueva York, 2007.
- (3) Mark Weisbrot, "The IMF has lost its influence", The New York Times, 22 de septiembre de 2005.
- (4) Frase pronunciada durante el programa "Riz Khan - Does the IMF help or hurt the poor nations?", Al Jazeera English, del 9 de octubre de 2010.
- (5) Michel Camdessus, La escena de este drama es el mundo: las oportunidades que tuvimos, trece años al frente del Fondo Monetario Internacional, Nueva Economía Social, Madrid, 2017.
- (6) Joseph E. Stiglitz, El malestar en la globalización, Taurus, Madrid, 2002. Léase también Joseph Stiglitz, "Etiopía: cuando el FMI es tu enemigo", Le Monde diplomatique en español, abril de 2002.
- (7) Michel Camdessus, La escena de este drama es el mundo, op. cit.
- (8) James Raymond Vreeland, The International Monetary Fund, op. cit.
- (9) Le Monde, París, 1 de septiembre de 2015.
- (10) Léase Ignacio Ramonet, "Un crimen perfecto", Le Monde diplomatique en español, junio de 2002.
- (11) Joseph E. Stiglitz, El malestar en la globalización, op. cit.
- (12) "The IMF undergoes structural reform", The Economist, Londres, 15 de febrero de 2020.

Lectura complementaria recomendada:

La distopía imperante: mentiras que promueve y certezas que oculta

Autores varios (Adaliz Ediciones; 2024)

Libro nº9 de la Biblioteca del Proyecto de investigación Consciencia y Sociedad Distópica:

<https://adaliz-ediciones.com/21-proyecto-csd>

Web del Proyecto:

<https://societaddistopica.com/>

Todos los que compartimos y colaboramos en él lo hacemos en forma gratuita.

Puedes ayudarnos aportando **1 euros al mes** a través de la plataforma

Teaming: <https://www.teaming.net/distopica>
